

La familia y el bien común de la sociedad

Livio Melina

Profesor de moral en el instituto Juan Pablo II para el matrimonio y la familia, Roma

Carta a las familias: una invitación a ampliar horizontes

Decía Jean Guitton que, así como para respirar tenemos necesidad de la atmósfera, para amar es necesario disponer de una “erósfera”¹. El hecho es que el amor se sofoca cuando se le aísla, cuando llega a ser algo privado, incapaz de conectarse con el resto de las cosas. Ciertamente hoy está muy difundida una visión intimística del amor: se trata de aquel amor romántico que aprisiona a los amantes en un círculo cerrado. La familia afectiva, que separa el hogar del trabajo y de la vida pública, es la familia condenada a desaparecer como unidad social, mientras que sus miembros son individuos aislados.

Puede decirse que la *Carta a las familias* de Juan Pablo II, en continuidad con otros documentos del Magisterio, como *Humanae Vitae* o *Familiaris Consortio*², quiere precisamente establecer esta “atmósfera” del amor. Se podría leer como un intento para que la familia “se abra”, de hacer comprender a sus miembros que su vida se está extendiendo hasta tocar a la sociedad entera y que, así, abraza completamente todas las dimensiones de la existencia humana y puede constituir incluso un lugar en el cual el misterio mismo de Dios se hace presente. Se corrige así una visión del amor demasiado cerrada en sí misma, aislada del resto de las relaciones sociales, como un “tú a tú” personal olvidando el tejido concreto del cual está hecha la vida. Describiremos a continuación algunos de estos ambientes en los cuales se desarrolla esta intuición central.

El hombre, creado por amor, llamado a amar

Aparece, en primer lugar, una visión relacional de la persona. El hombre no se define como individuo, ni como sujeto aislado, capaz de conocer el

¹ Jean Guitton, *L'amour humain*, Aubier, Paris 1955.

² Cfr. *Carta a las familias*, n. 12. 2 febrero de 1994.

mundo y de actuar en él a partir de sí. Juan Pablo II introduce, a este respecto, la idea de “genealogía de la persona”³. Esto muestra cómo la persona nace y venga al mundo, generada por un padre y por una madre. El dato puede parecer algo trivial, pero en realidad es de una gran importancia antropológica para nuestra sociedad que, como decía Mounier, ha absolutizado la edad adulta, eliminando las otras etapas de la vida⁴. La infancia, el proceder de otra persona, el hecho de tener en el otro el propio origen, entra en la definición de persona que nos presenta Juan Pablo II. Por esto el hombre no se define sólo por su autonomía, sino más bien, más originariamente, por su relacionalidad, que inicia con una filiación, con una dependencia. Desde ese punto de vista, el ser hombre no comienza con una decisión o con una reflexión sobre sí mismo, sino con el reconocimiento agradecido de un don originario, mediado a través de sus propios padres. A partir de esta “genealogía de la persona”, se delinea la vocación al amor que da origen a la familia. El don sincero de sí entre el hombre y la mujer se revela, de esta manera, enraizado en el don que ellos mismos son para sí, por el hecho de ser hijos, por haber sido, a su vez recibidos en una familia. A partir de esta filiación común, hombre y mujer se encuentran en grado de descubrir el bien de su recíproco amor, un bien que servirá de fundamento a todos los demás bienes sucesivos. La comunión de los esposos sirve como fundamento para la familia. En ella ambos son, en cierta manera, recreados, reciben una nueva vida que es el “nosotros” común.

Sin embargo, esta comunión entre el hombre y la mujer subsiste sólo en la fecundidad; se mantiene sólo cuando se dona en una vida nueva. El amor, o permanece abierto a la fecundidad, o bien no es amor. De ahí la insistencia acerca de la maternidad y la paternidad. Se percibe nuevamente el interés de Juan Pablo II por desarrollar la atmósfera en la cual el amor respira. Con el nacimiento de un hijo, dice Juan Pablo II, la comunión llega a ser comunidad; y es aquí donde se funda la civilización del hombre porque, de esta manera, se ponen las bases para edificar una ciudad, la civilización del amor.

El bien común y el bien de la comunión

Aparece, en este punto, un elemento central: una reflexión rica y original sobre el bien común. No se trata sólo de un bien sobre el que concuerdan muchos y cuya responsabilidad ha sido delegada a quien gobierna. La novedad

³ *Ibidem*, n. 9.

⁴ E. Mounier, *Traité du caractère*, Seuil, Paris 1947, p. 164.

consiste en el hecho de que el bien común se observa a la luz de aquel bien que es comunión misma, la cual une a las personas entre sí. Existe un bien común porque la comunión une entre sí a los diversos miembros de la familia. Y la familia surge como una escuela para comprender y vivir este bien común. Si los esposos tienen un bien común, no es únicamente porque comparten sus bienes individuales, sino más bien porque se han transformado en un sujeto nuevo, en una comunión de personas, de tal manera que todo aquello que ahora tienen, les pertenece a ellos de un modo nuevo, como un bien común. No tienen ya más dos proyectos de vida sino uno solo; no tienen ya dos memorias, sino que van a construir una sola; los bienes que comparten y que los unen, se fundan sobre su bien relacional, que hace de sus vidas una sola y única vida.

Esencial para esta nueva visión del bien común es, repetimos una vez más, el nacimiento del hijo. Se ve de esta manera, nuevamente, la importancia que Juan Pablo II atribuye a la paternidad y a la maternidad, como primera forma de abrir la familia más allá de sí misma. De hecho, el bien que el niño representa para el padre y para la madre es el ejemplo más claro de un bien común, el bien que ha nacido de la unión entre ellos y que ahora los une de un modo aún más estrecho. Se puede comprender de esta manera, y esta es una tarea que se da en particular a la madre, que el verdadero bien común de la sociedad es la persona. La percepción de la dignidad única de la persona; del hecho de que el hombre es insustituible y que vale más que el beneficio que proporciona, se alimenta precisamente de la experiencia de la familia.

Se obtienen los principios fundamentales para la vida social. La libertad no es ya vista como un ejercicio de autonomía, que encuentra sus límites en la presencia de los demás; al contrario, la libertad se hace posible gracias a la presencia del otro, desde el momento que debe entenderse como una libertad para el don. El hombre es libre no porque no tenga vínculos sino, al contrario, porque pertenece a una familia, a una comunidad, que lo acoge, y a la cual puede donarse. Esta libertad no se queda paralizada en la indecisión, sino que hace que el hombre sea capaz de donarse y de generar así una nueva vida. Es una libertad que construye la ciudad común no a partir del miedo al conflicto, sino por un deseo de consolidar las relaciones entre las personas.

Se evidencia, por tanto, la subjetividad de la familia. Esto significa que la familia es más que la suma de sus miembros. La comunión que los une hace surgir una novedad, una sinergia que enriquece a todos en el “nosotros” común. Por esta razón la familia no puede ser tratada como si fuera un grupo cualquiera de individuos que viven juntos. Cada uno de sus miembros es

quién es, gracias a las relaciones que lo unen entre sí. La pregunta reviste una importancia decisiva a la hora de desarrollar políticas a favor de la familia, como muestra la actual sociología de la familia⁵. En efecto, no se ayuda a la familia cuando se favorece solo a los miembros aislados (erogando, por ejemplo, subsidios para la infancia o para los ancianos) sino más bien cuando se refuerzan los vínculos que constituyen a la familia, cuando se ayudan a sus miembros a apoyarse recíprocamente. Una política que favorece al individuo en detrimento de la relación, tiende a cancelar esta relación y a disolver, de esta manera, la subjetividad de la familia.

En la Encíclica *Caritas in veritate*, Benedicto XVI ha confirmado la fecundidad de este enfoque, afirmando que la caridad es un principio no sólo de las microrelaciones (aquellas que se establecen entre amigos o familiares), sino entre las macrorelaciones (aquellas del mundo de la política y de la economía)⁶. La *Carta a las familias* anticipa ya esta idea cuando colocaba, en las familias, la raíz de la experiencia del bien común, que es el bien de la comunión de las personas. Un ejemplo lo encontramos en el ámbito económico. Hasta ahora el sistema financiero se ha basado en la oposición entre el don y el interés, desde el momento en el que primero es gratuito mientras que el segundo se mueve a la búsqueda del lucro o beneficio. Al mercado compete la creación de utilidades, al Estado su redistribución solidaria. Pero la familia demuestra que esta contraposición es falaz. Ciertamente en la familia el don no es del todo desinteresado: está claro que no se va a la búsqueda de una retribución o de una compensación mercenaria; pero busca sin embargo un beneficio: tiene el interés de crear y mantener las relaciones; el interés por una respuesta al don que se ha dado. De este modo la experiencia de la familia podría sugerir el desarrollo de un modelo económico diverso⁷.

Educar a la verdad del amor

Es fácil reconocer, bajo esta luz, la importancia que la familia tiene para la educación, como constructora de la civilización del amor. Es necesario re-

⁵ Cfr. A este respecto, se puede consultar la amplia obra del Prof. Pierpaolo DONATI y, en particular, su libro *¿Por qué "la" familia? Las respuestas de la sociología relacional*, en su original italiano: *Perché "la" famiglia? Le risposte della sociologia relazionale*, Cantagalli, Siena 2008.

⁶ Cfr. *Caritas in veritate*, n. 1-2.

⁷ Cfr. L. Melina – G. Gallazzi, *¿Es la familia aún un negocio?* Original italiano: *La famiglia è ancora un affare?*, SRI Group, Milano 2010.

chazar todo intento de privatización de la familia, poniendo de manifiesto su relación con la construcción de la civilización del amor. En efecto, la familia es el lugar insustituible para que la persona haga una experiencia del bien común tal como lo hemos descrito. De ahí el papel de la familia en la educación: los padres son educadores precisamente en cuanto que son padres. En esa perspectiva, la educación asume la connotación inconfundible de una educación para el amor que se desarrolla según las diversas etapas de la vida de la persona: aprender a ser amado en la infancia, y así descubrir la bondad del mundo gracias al amor transmitido por los padres; aprender a comprender la propia vida a la luz de una vocación al amor, en la adolescencia y en la juventud. La educación en familia pone, por tanto, las bases para una preparación al matrimonio a través del cual la persona, formará la propia familia.

Aparece entonces otro elemento central: el tema de la verdad del amor. En efecto, no basta hablar de amor. Como todas las palabras, también ésta se presta, quizás más que otras, a malentendidos o tergiversación. Existe una falsificación del lenguaje que da lugar a una manipulación de la persona. Hoy se atribuye el nombre de amor aquello que son solamente “amores líquidos”, privados de toda forma estable⁸, o bien amores débiles incapaces de sostener una vida. Un servicio a la verdad del amor se encuentra precisamente en la familia. Es en la familia, en las diferentes relaciones que en ella se generan, donde se encuentra un lugar para describir la verdad del amor: su capacidad de dar unidad a la vida, de conferir estabilidad a un vínculo que dure toda la existencia, de permitir una fecundidad que la haga crecer más allá de sí mismos. Puesta al servicio de la verdad del amor, la familia manifiesta otra potencialidad social: sirve al bien común ayudando a la edificación de la verdad, la cual ayuda a superar el relativismo que deja a la vida humana sin la brújula, sin un punto último de referencia seguro.

Es en conexión con esta *verdad del amor* que se presenta también una mención al cuerpo. La referencia a las *Catequesis sobre el amor humano* de Juan Pablo II es obligatoria. Allí el Papa desarrolla su “teología del cuerpo”, que ha sido posteriormente recogida por Benedicto XVI en su “teología del amor”⁹.

⁸ El sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman (Poznan, Polonia, 1925) acuñó y desarrolló el concepto de la «modernidad líquida» y la aplica también al término del amor en su libro *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de las relaciones afectivas*. Cfr. Z. Bauman, *Amore liquido. Sulla fragilità dei legami affettivi*, Laterza, Bari 2010.

⁹ Cfr. *Deus caritas est*; C. Anderson, J. Granados, *Called to Love: Approaching John Paul II's Theology of the Body*, Doubleday, New York 2009. Traducción al castellano: *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Monte Carmelo, col. Didaskalos, Madrid 2011.

La corporeidad está al servicio de la verdad del amor, en cuanto que revela el origen creatural del hombre, su llamada al don de sí, a entregarse en la diferencia sexual, su capacidad de generar vida. De esta manera, el hombre descubre, en su propio cuerpo, un lenguaje que debe aprender a leer en la verdad¹⁰ que encierra y que lo relaciona con el Creador. Nos encontramos aquí una apertura esencial de la familia, que constituye una ventana abierta de par en par hacia el Misterio, en cuanto que es el lugar donde el hombre nace y muere.

“El esposo está con vosotros”

La familia se sitúa así como nexo capaz de unir dos aspectos, demasiado frecuentemente separados en la vida moderna, como lo son la fe y la vida. En efecto, la familia es, tanto en la experiencia personal de cada hombre cuanto en la relación cristiana, un lugar de apertura al Misterio. Es aquí que la persona reconoce, en verdad, su origen, que viene de las manos del Creador, es aquí que la persona se percibe como un don que el Creador ama por sí misma¹¹; es aquí donde encuentra la fuerza para construirse de modo radical abrazando la totalidad de la propia existencia; es aquí donde descubre también la bendición de una vida nueva que Dios confía a su cuidado. Es justamente aquí, de la misma manera, que la persona aprende el lenguaje cristiano, ya que el Hijo de Dios quiso nacer en una familia y desde ella pronunció la palabra esencial, más importante, de su vida y de su anuncio: “¡Padre!”

El estupor cristiano consiste precisamente en el descubrimiento de la presencia del Hijo de Dios en la vida cotidiana de la familia. Se capta fácilmente, llegados a este punto, la extraordinaria capacidad de la familia para abrirse más allá de sí misma. La familia, podemos decir, es *capax Dei*, es capaz de Dios. No solo si se extiende hacia la sociedad, generando la civilización del amor, sino que también se abre al misterio mismo de Dios. Cuando Dios ha querido comunicarnos Su nombre, lo ha hecho precisamente en medio de una familia, ha usado categorías familiares para expresar Su Misterio.

La Santa Familia de Nazaret es un icono que manifiesta el Misterio de Dios presente en cada familia humana. El matrimonio de María y José se presenta,

¹⁰ Cfr. Giovanni Paolo II, *Uomo e donna lo creò. Catechesi sull'amore umano*, Città nuova – Libreria editrice vaticana, Roma 1985, n. 105, 403-405.

¹¹ *Gaudium et spes*, n. 24.

de esta manera, como un modelo para todo matrimonio cristiano. La unidad entre estos esposos, sobre la cual se funda la Santa Familia, anima a todas las demás “familias santas”¹² a vivir su camino específico de santidad. Durante estos últimos dos años, la Sede Central del Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre Matrimonio y Familia en Roma, ha presentado una serie de “Retratos de santidad conyugal”, con la intención de mostrar que no faltan, de hecho, ejemplos concretos de santidad conyugal, y que la Iglesia propone como modelos, precisamente por su vida conyugal y familiar.

«El esposo está con vosotros», afirma el Beato Juan Pablo II refiriéndose al icono bíblico que describe a Cristo como esposo de la iglesia (*Mt* 9, 15; *cf.* *Jn* 2, 1-11). Además del énfasis con el que se señala la relación de Jesús con el Padre, fuente de toda paternidad y maternidad en el cielo y sobre la tierra (*cf.* *Ef* 3,14), se subraya también la imagen sponsal. La vocación de los esposos nace del don que Cristo hace de Su mismo amor, en el sacramento del matrimonio, y que ellos mismos viven por medio de la caridad conyugal. Reciben, de esta manera, el don que los transforma en portadores de un misterio, de un amor que no se echa atrás ni siquiera delante de la ingratitud o al desprecio, un amor que es capaz siempre de dar el primer paso y que no tiene miedo de afrontar la muerte por el amado; un amor indisoluble que ellos están llamados a vivir por toda su existencia.

La familia, camino de la Iglesia

“La familia es el camino de la Iglesia”. Si el Papa que había inaugurado su ministerio petrino proclamando que “el hombre es el camino de la Iglesia”¹³, ahora afirma que este camino pasa concretamente a través de la familia. En realidad, sólo en la familia es donde se comprende quién es el hombre: un hijo que aprende a compartir el amor como hermano, que se entrega él mismo con todo lo que es como esposo, que descubre la fecundidad de su amor como padre o como madre. Cada hombre está llamado a recorrer este camino, desde el momento en que viene al mundo en el seno de una familia y la abandona para formar una nueva familia.

Ahora bien, la familia es camino de la iglesia también en otro sentido: la Iglesia es ella misma una gran familia. Por lo mismo, la Iglesia sostiene a la

¹² *Carta a las familias*, n. 23.

¹³ *Redemptor hominis*, n. 14.

familia, desde el momento en que custodia la visión familiar del hombre, que es hijo de Dios y está llamado al don sincero de sí mismo y a ser fecundo para la vida eterna. De este modo, llega a ser clara la alianza entre la Iglesia y la familia. Por otro lado, la Iglesia encuentra en las familias el lugar adecuado para brillar en medio del mundo. Por tanto, la pastoral de la Iglesia está llamada a valorizar la subjetividad de la familia, como espacio singular e imprescindible de su acción evangelizadora. La pastoral familiar no es, desde este punto de vista, una pastoral sectorial, que se dirija a un grupo determinada de personas: [la familia] debe ser más bien la clave de toda la pastoral, porque en ella se encierra el código genético de la vocación al amor a la cual toda persona está llamada.

Al terminar la *Carta a las familias* el Papa se dirige a María “Madre del Amor hermoso”. Es de esta manera, que la reflexión sobre la familia culmina en una reflexión sobre la belleza. Es en la familia donde se aprende a tener una mirada limpia que sepa captar la belleza, inscrita por Dios, en el cuerpo y en el amor humano. Nos recuerda, una vez más, aquella expresión de san Ignacio de Antioquía, tan querida a Benedicto XVI, que dice que el cristianismo “no es una cuestión de persuasión sino de grandeza”, la grandeza del *Amor Hermoso*, que ha sido confiado a la experiencia humana y que ha sido revelado totalmente, plenamente en Cristo.